Año I. La Plata, 28 de Setiembre de 1895. Núm. 10.

La Anarquia

PERIÓDICO COMUNISTA-ANÁRQUICO

APARECE CUANDO PUEDE

LA SUSCRICION ES VOLUNTARIA

Maldito sea el primero que dijo: ESTA COSA ES MIA.

Para la correspondencia y demás dirigirse á
J. GIMENEZ
Casilla de Correos número 22

Aún somos los mismos.....

Sí, aún somos los mismos. Los mismos hambrientos que no podemos dar pan á nuestras queridas madres ni á nuestros queridos hijos; aún somos los mismos que nos rebelamos contra esta sociedad criminal y egoista, esta sociedad que nos corrompe y nos denigra; aún somos los mismos á quien habéis dado los epítetos de párias, siervos, exclavos é ilotas. Sí, aún somos los mismos que después de trabajar sudando sangre nos reducís á la podredumbre y servidumbre propias de séres abyectos y parásitos como sois. Aún somos los mismos que componemos ese bello é inagotable manantial que lo produce todo y que después de producirlo todo con el sudor de nuestra frente carecemos de lo más indispensable para atender á nuestra subsistencia, porque nos despojáis de todo. Sí, aún somos los mismos que vemos caer de hambre á los séres más queridos, al lado de vuestros derroches y despilfarros y contemplamos á nuestros hijos estropeados y haraposos, carecer de instrucción; aún somos los mismos á quienes habéis hecho empuñar las armas fraticidas para asesinar á nuestros hermanos y á nosotros mismos al atrevernos á alzar nuestra voz de hombres. Sí, aún somos los mismos á quien con el nombre de *propiedad*, habéis despojado de todo, á la fuerza, que es vuestra sanción. Aún somos los mismos á quien al pedir pan, habéis dado lo propio de vuestro *rango*: plomo y metralla. Sí, aún somos los mismos que todos los dias y momentos vemos infinidad de séres inhabilitados para poder haceros más ricos; porque en su lozana juventud los habéis convertido en bestias de carga, que caen extenuados de hambre y de frío en las calles. Sí, aún somos los mismos que vemos como arrojáis en la podredumbre de la prostitución á las honradas hijas del trabajo; aún somos los hermanos, amigos y compañeros de los tantos y tantos millones de trabajadores que sucumbieron y sucumben á diario por causa de vuestra sórdida avaricia, en el campo, en los talleres, en las fábricas y en las minas. Sí, aún somos los mismos que renegamos del modo de ser de esta sociedad dividida en explotadores y explotados, en ricos y pobres, en opresores y oprimidos; aún somos los mismos á quien esos periodistas corrompidos y de conciencia elástica han anatematizado para mejor arrastrarse como el perro y agradar más á quien les dá un puñado de ese vil metal.

Aún somos los mismos á quienes habéis calificado de malhechores, de enemigos de la sociedad, de la familia, del órden, de la religión y de la propiedad. Sí, aun somos los mismos dinamiteros y revoltosos, los mismos que tenemos afición á la venganza. Aún somos los mismos que queremos la destrucción de fronteras para hacer de la humanidad una sola familia armónica y emancipada. Sí, aún somos los mismos que queremos destruir este caduco y vetusto edificio social para alzar sobre sus ruinas, una sociedad en donde tengamos asiento seguro en el banquete de la vida. ¡Sí, miserables; aún somos los mismos que sabemos desafiar la horca, el cadalso, la guillotina, la cárcel, la deportación, la barra y los procedimientos inquisitoriales empleados por vuestros miserables sayones! ¡Aún somos los mismos anarquistas, los eternos enemigos de los zánganos, los soldados de la *Revolución Social* que ha de regenerar á esta podrida sociedad! Sí, aún somos los oprimidos rebeldes que clamamos venganza de las injusticias recibidas, *venganza* por lo que hemos sufrido con vuestros ataques y atropellos. Sí, aún somos los mismos á quien el cadalso dá valor y alienta; aún somos los que con gozo gritamos: *¡Viva la Revolución Social!* cuando nos aplicáis las *nuevas* leyes para contener la propagación de nuestro ideal sublime. ¿Lo sabéis? Pues aún somos los mismos que puesta la argolla para tronchar nuestra cabeza gritaríamos estentóreamente ¡¡Hurra por la Anarquía!! ¿Lo tenéis entendido? ¡Por cada anarquista que asesinéis, saldrán mil dispuestos á exterminaros!... Sí, somos los mismos que deseamos nos ataquéis sin consideración ni piedad como es nuestra intención hacia con vosotros. Pues continuad persiguiendo, ahorcad y martirizad como os plazca, que nada lograréis en pró vuestro, nada ni nadie os salvará; la tiranía y la opresión de los verdugos justifican los procedimientos de la fuerza que emplean los desheredados. La rebeldía, es un deber, dignifica al hombre, la audacia es la síntesis de ese revolucionarismo precursor de lo que anhelamos y de lo que vosotros intentáis en vano contener. ¡Ya lo tendremos presente el día de las represalias para pediros estrecha cuenta de lo que habéis sido!

La fuerza se repele con la fuerza.

La clemencia que transije con la tiranía es bárbara, ha dicho no sé quien.

Cohibid la expansión natural de las fuerzas y explotarán más ruidosamente.

Lo que tiene razón de ser, será. La anarquía triunfará, bien apesar vuestro, pues ha de ser. Conque ya lo sabéis, aún somos los mismos y hasta que la razón sea, contra viento y marea seremos los mismos.

La verdad sin rodeos

Verdaderamente el lenguaje que usamos es lo contrario de todo lo que se dice en los partidos políticos, en que se prometen montes y maravillas, en que la más íntima de las reformas debe motivar un período endémico para los que la hayan apoyado. Mas nosotros que no aguardamos nada personal del apasionamiento de las masas, nosotros que queremos que ellas sepan guiarse por sí mismas, nosotros, no tenemos por qué ilusionarnos. Para dar más fuerza á nuestros pensamientos, más impulso á nuestras acciones, nos es preciso ver claramente el camino, precavernos de toda ilusión, desembarazarnos de toda preocupación.

Nuestras ideas no serán aplicables sinó por la energía desplegada en su propaganda y con su difusión por aquellos que las han comprendido. Si nuestras ideas fuesen realizables inmediatamente, no sería excusable dejar de tentar la solución. Luego, sean cuales sean esas dificultades, en vez de negarlas ó propagarlas, débilmente, debemos consagrar cuanto esfuerzo nos sea dable para popularizarlas efusivamente.

Por lo demás, si activamos la propaganda es precisamente para probar de llevar las ideas á la práctica, pues si fuesen realizables inmediatamente, la sola fuerza de las cosas bastaría.

Es preciso acostumbrarnos á ver las cosas friamente, á no obstinarnos en mirar, por medio de vidrios groseros, el objeto de nuestros deseos, y por la pequeña extremidad del catalejo, lo que nosotros tenemos. Es la verdad sola lo que buscamos. Si nosotros no decepcionamos, engañaremos también á los otros, la revolución que haríamos sería infructuosa.

Generalmente, solo cuando se está al cabo de los argumentos, nuestros contradictores objetan la impractibilidad de nuestras ideas. Debemos confesar que esa objección es siempre embarazosa, no en el fondo, sinó en la forma, pues en la sociedad actual, nuestras ideas parecen, en efecto, una utopía. Es sumamente difícil para el individuo que solo ha fijado su mirada en la sociedad actual, llegar á comprender que se podrá vivir sin gobiernos, sin leyes, sin jueces, sin polizontes ni férula de ninguna clase, sin moneda ni valor representativo, cuando hay tantos males de que ocuparse en el mundo presente, en que las leyes están reputadas como instituidas con el objeto de facilitar las relaciones.

A esa objeción nosotros no podemos contestar por medio de hechos, pues lo que pretendemos se encuentra en estado de proyecto. Podemos citar las tendencias que conducen á la humanidad; citar los ensayos que se efectúan en pequeño en la sociedad, pero, ¡qué influjo pue de tener esto sobre el espíritu obcecado de tales contradictores!

¿Negar la objeción?—eso sería obrar como el avestruz—la objeción no dejaría de subsistir —¿Contestar por medio de sofismas?—seríamos estrechados en un atolladero, del cual nos sería imposible salir sinó por medio de otros sofismas. Con ese juego, jamás las ideas adelantarían nada. Si queremos dilucidar las ideas, si queremos estar prontos en todo tiempo para contestar todas las objeciones, debemos acumular todos los argumentos que pueden oponérsenos y aún suscitarlos, á fin de contestar con otros mejores.

Pero, ante todo, debemos tratar de ser claros y precisos, no atemorizarnos ante la verdad *verdadera*, puesto que es precisamente esa verdad la que nosotros anhelamos. Afirmamos que nosotros debemos, pues, demostrarla, investigándola en todo y por todo.

Reconocemos que ese lenguaje no es propio

para seducir, para sublevar las masas y que ciertos camaradas podrán acusarnos de arrojar á nuestras filas el desaliento y la desesperación al no ocultar el lado débil de nuestra teoría.

Esos reproches, empero, solo pueden ser suscitados por una reminiscencia de la educación de los partidos políticos. ¿Por qué prometer lo que no depende de nosotros cumplir, y por consiguiente, por qué preparar de antemano una reacción contraria á nuestro ideal?

Si fuésemos un partido político anhelante de llegar al poder, podríamos hacer á los individuos una multitud de promesas, á fin de que cooperaran á elevarnos al pináculo, pero, en anarquía, no puede suceder lo mismo: no tenemos nada que prometer, nada que pedir, nada que dar. Y cuando nuestros contradictores no objeten la imposibilidad de nuestras ideas, después de haberles expuesto que demuestran las tendencias de la humanidad hacia ese ideal, no nos queda más que reanudar la enumeración de los abusos que derivan de todas las instituciones, la falsedad de las bases sobre que descansan, la ineficacia de las reformas preconizadas, con ayuda de las cuales se nos quiere adormecer, y volver sobre la alternativa de continuar soportando la explotación ó de sublevarse, demostrando que el éxito de esa revolución dependerá de la fuerza con que cooperen á su realización aquellos que reconocen su necesidad. Hé ahí nuestra tarea; lo demás depende de los individuos, no de nosotros.

No somos partidarios, justamente, por nuestra parte, de la propaganda realizada con ayuda de las grandes frases ampulosas ó sentimentales; frases que incitan á esperar una realización inmediata, lo que no es posible. Ellos se dedicarían con fuego y pasión á la propaganda, creyendo tocar el fin con su dedo, y, no viendo después nada realizable, el desaliento se apoderaría de los unos, después de los otros, hasta que dispersarían por completo.

¡Cuántos hemos visto llegar á nuestras agrupaciones, desde hace unos doce años, que no hablaban más que de derrumbar, como Sansón, las columnas del templo! ¿Dónde están actualmente?

Nuestro ideal es hacer de la tarea ménos grande, ménos brillante, la más duradera. Lejos de nosotros limitarnos á conquistar á los individuos por medio del sentimiento; tratamos de conquistarlo, sobre todo, por medio de la lógica y de la razón. Nosotros no queremos, efectivamente, nivelarnos con aquellos cuyo talento consiste en conquistar á los individuos por medio del sentimiento. A cada cual su tarea, según sus concepciones, según su temperamento.

Mejor que buscar creyentes, preferimos formar convencidos. Es necesario que todos los que se adhieran á la propaganda conozcan las dificultades que les esperan para que estén prontos á combatirlas, no dejándose desalentar por las primeras dificultades. Larga y árdua se presenta la jornada; antes de ceñirse los riñones para la marcha, que se consulte su voluntad y sus músculos; pues habrá víctimas que se ensangrentarán en las asperidades, en los recodos del camino: los cadáveres señalarán las etapas. Que los que no tienen el temple de su corazón suficientemente fuerte, que queden atrás; no podrían ser más que un estorbo para la columna.

Otra preocupación que goza de gran creencia entre los anarquistas, es considerar la masa popular como una pasta maleable, que se puede hacer evolucionar á medida de nuestros deseos y por la cual no hay que preocuparse. Esa preocupación proviene de que, habiendo dado un paso más que los otros, se considera un profeta y más inteligente que el común de los mortales.

«Nosotros haremos obrar así á la masa, nosotros la atraeremos, etc., etc.» Verdaderamente; los dictadores no hablarían de otra manera. Es un modo de considerar la masa popular que nos legó nuestro pasado autoritario.

No pretendemos negar la influencia de las minorías sobre la multitud; al contrario, estamos convencidos de su acción; pero debemos consignar que la única prelación que, en tiempo de revolución, los anarquistas podrán tener sobre el pueblo, será la de la acción; poner las ideas en práctica, predicar con el ejemplo, solo se podrá atraer con tales condiciones. Unicamente—es preciso estar bien convencido de ello—á pesar de todos esos actos, no tendrán influencia sobre la masa hasta tanto que la comprensión habrá sido debidamente preparada por medio de una propaganda clara y concisa, que á sí misma se encarrilará bajo el impulso de las ideas precedentemente recibidas.

Luego, si nosotros sabemos hacer la propaganda entre los nuestros, es su influencia la que se hará sentir. Solo debido á la circunstancia de haber sabido dilucidar las ideas y difundirlas tendremos probabilidades de tomar alguna parte en la transformación social. Nosotros no tendremos nada que temer entonces respecto á no ser secundados; pero tendremos, por el contrario, que temer los estorbos allegados por los que se consideran como instigadores.

En tiempo de revolución, los precursores son siempre sobrepujados por la multitud.

Emitamos, pues, nuestras ideas por doquier, expliquémoslas, dilucidémoslas, reanudémoslas, en caso necesario, no temiendo para nada mirar de frente á la verdad. Y esa propaganda, lejos de alejar adeptos, contribuirá eficazmente al triunfo de nuestro ideal, atrayendo á todos aquellos que sientan sed de justicia y de libertad.

¡Hipócritas!

Este epíteto se nos viene á los labios cada vez que vemos la actitud que toman algunos burgueses y aspirantes á serlo en presencia de la rápida marcha de las ideas revolucionarias.

Acostumbrados á engañar al pueblo con palabras, y á aprovechar para su exclusivo beneficio de todas las más puras aspiraciones de los oprimidos, creen que también esta vez éstos se dejarán envolver por sus jesuíticas mañas. Hipócritas, esta vez la hipocresía es un pararayo gastado, y en la próxima tempestad sus efectos serán contraproducentes.

Algunos explotadores, hablando con trabajadores convencidos de la justicia de los principios comunista-anárquicos, dicen que á ellos también les gusta la idea y que quisieran que se estableciera tal sistema lo más pronto posible, y mientras, siguen en su descarada explotación desoyendo toda voz de justicia, y todo sentimiento que tenga más vuelo que su bolsillo, con el ojo siempre fijo en el tanto por ciento, aprovechando lo más que pueden las oscilaciones de la bolsa, la suba y baja de los productos, y la exhuberancia de brazos.

También algunos trabajadores aspirantes á capitalistas se declaran anarquistas, cuando en realidad no son más que egoistas, demostrando en sus actos que su única aspiración es la de alcanzar á TENER ALGO. Se dicen anarquistas y explotan lo más posible, la generosidad, la confianza y las necesidades de otros trabajadores, y cuando algún desgraciado se ve obligado á trabajar bajo sus órdenes, son más tiranos y más exigentes que los mismos capitalistas.

¿Qué ideas tendrán esos tipos? ¿Con qué fin querrán dar á entender que simpatizan con una idea de la cual son los más despreciables enemigos? ¿Piensan tal vez que el día de la revolución social bastará para salvarse de la justa venganza del pueblo el haber dicho que son anarquistas?

No lo crean, porque esta vez los trabajadores no se dejarán engañar como otras veces; ya no creen en las palabras que no estén de conformidad con los hechos, y saben que sus enemigos son los explotadores de todo calibre, bajo cualquier forma que se presenten; y por consiguiente, quién en la víspera de la revolución haya sido explotador, tirano, egoista, como tal será considerado al día siguiente. Se le considerará enemigo del pueblo, y ninguna farsa ni juego de palabras, les valdrán á sustraerlos de la justa venganza de los descamisados, de los que habrán sufrido las consecuencias de su infame explotación y tiranía, y la hipocresía servirá tan solo para aumentar el desprecio que se debe á enemigos cobardes.

Hemos recibido y publicamos con gusto el siguiente:

MANIFIESTO
A los Anarquistas y Trabajadores
DE LA ISLA DE CUBA

Al grito de Independencia háse levantado en armas como un solo hombre el pueblo cubano, dispuesto á la lucha y al sacrificio para conquistar la libertad política y el bienestar económico que el gobierno español le niega.

Ante la viril actitud de ese pueblo rebelde que tan enérgicamente reclama sus derechos, ¿podemos los anarquistas permanecer cruzados de brazos, viendo indiferentes cómo se derrama tanta sangre en bien de un ideal noble y generoso?

No; los anarquistas no podemos permanecer indiferentes é inactivos ante la insurrección iniciada en Cuba, escudándonos con el socorrido pretexto de la neutralidad. La neutralidad es indiferencia, quietismo, inacción, contraria á todo elemento revolucionario y más aún al elemento anarquista. «Nuestra propaganda demanda la acción y está probado que la acción siempre fortalece nuestras filas.»

La insurrección de Cuba no ha sido solo motivada por el simple deseo de alcanzar para los cubanos una *pátria libre*. En el fondo de la insurrección late el deseo del pueblo cubano de mejorar la angustiosa situación económica y política á que lo han reducido los vejámenes y atropellos del gobierno español.

Teniendo esto presente, creemos ha llegado el momento de obrar los anarquistas por cuenta propia aprovechando las actuales circunstancias, tratando de plantear en Cuba el problema económico, sin que nos detenga la oposición que forzosamente hemos de encontrar entre el elemento separatista burgués.

Este problema no se podrá resolver obrando de acuerdo con el partido separatista, por los elementos que dirigen á éste y que han de oponerse necesariamente á la radical solución de tan vital problema.

Nuestros actos han de tender á inspirar simpatía y confianza al obrero cubano, asegurándole por este medio lo que por ningún otro ha de alcanzar. Hemos de darle el ejemplo y él por razón natural ha de seguirnos.

Enemigos de la tiranía, contra ella combatimos y, por lo mismo, debemos luchar contra todos aquellos que se opongan al ámplio desenvolvimiento de la actual insurrección en Cuba. Debemos luchar contra el tirano español y contra el tirano cubano que ya empieza á mostrar su repugnante faz desde los campos de la misma insurrección.

La última orden promulgada por Maceo desde San Jorge del Cobre, provincia de Santiago de Cuba, demuestra lo poco que debemos esperar los obreros de cierto elemento separatista. Dice así dicha orden:

«Se prohibe terminantemente á los soldados al servicio de la Revolución invadir los hogares, almacenes ó haciendas, y la *violación de los derechos de propiedad* de los no combatien-

tes queda absolutamente prohibida bajo *pena de muerte*. Los jefes cuidarán de que esta orden no se infrinja y de que se lea por tres dias consecutivos á las tropas. Dios, pátria y libertad.»

Después de leido lo anterior puede afirmarse aquel antiguo decir español: «Todavía no alzamos cuando ya pringamos» y si esta es la política de este jefe ó prohombre cuando aún se halla, como si dijéramos, á salto de matas y comiendo de lo que se incauta, piénsese por un momento con quienes tendríamos que entendérnoslas si el pueblo llegara á poner en manos de estos nuevos Césares las riendas del gobierno.

Hay que decirlo muy claro y sin contemplaciones de ningún genero: desde el punto de vista del derecho, de la justicia, de la libertad y de los intereses del proletario, no es más tirano Martínez Campos defendiendo los intereses de los monopolistas tasajeros de la Habana que lo son los jefes políticos insurrectos defendiendo esos mismos monopolios.

Marchemos, pues, separados y en abierta oposición tanto de los unos como de los otros, tanto de los que defienden los intereses del burgués español como los que defienden al burgués cubano, pero marchemos, sin que nos detenga el prurito de querer aparecer cual si fuéramos directores de orquesta, pretendiendo encauzar lo que solo puede producirse por la iniciativa de uno ó de unos pocos.

Marchemos, sí, al lado del pueblo trabajador de Cuba para alentarlo en la lucha y para indicarle los medios por los cuales ha de alcanzar la verdadera independencia, esa independencia que lo mismo ha de emanciparlo de los atropellos y vejaciones del poder político que de las explotaciones del burgués.

No han de asustar al pueblo cubano los medios á que sea necesario recurrir: proclamar que la tierra debe ser propiedad del que la cultiva y el instrumento de trabajo del obrero; saquear haciendas y almacenes, quemar los archivos de propiedad, efectuar la expropiación forzosa é inmediata de lo que injustamente detentan los privilegiados, CUANTO, en fin, tienda á destruir los intereses creados para el sostenimiento del actual sistema capitalista—única cosa que defiende el gobierno—son medios poderosos para alcanzar la verdadera independencia.

Toda revolución política—como acertadamente ha dicho Bakounine—que no tiene por fin inmediato y directo la igualdad económica, desde el punto de vista de los intereses y de los derechos del pueblo, no es otra cosa que una reacción hipócrita y enmascarada.

Del pueblo trabajador depende, que la revolución cubana, cumpliendo su verdadera misión, traspase los límites de la cuestión puramente política para invadir los de la cuestión económica. Debemos, pues, los anarquistas, dedicar todos nuestros esfuerzos, todas nuestras energías para que tal suceda, cumpliendo así nuestra misión revolucionaria.

VARIOS ANARQUISTAS.

Nueva York, Agosto, 1895.

Desde Europa

En España, después de la derrota de la huelga de los panaderos de Madrid, derrota producida por ser muy *legales* y conservar el *órden*, solo queda la de tejedores de Alcoy, que se sostiene con valentía, al extremo de salir á alimentarse al campo antes que someterse, pero aunque en Alcoy dominan entre los obreros las tendencias anárquicas, hasta la fecha emplean procedimientos demasiado suaves para triunfar, pues el burgués, como la autoridad, solo acceden á la estaca, y al fin, perderán, si no la emplean, ú otros medios más fuertes.

***

En la actualidad solo se publica *El Eco del Rebelde*, en Zaragoza, del que no os diré nada, porque lo habreis leido y porque yo, amigo particular del grupo que lo escribe y edita y colaborador al propio tiempo, no soy el llamado á prodigarle elogios.

***

A *El Corsario*, fáltanle á recaudar unas 3.000 pesetas para poseer por completo la máquina y todo lo necesario para la imprenta propia, pues no ha querido, y con mucha razón, someterse á los caprichos de los impresores burgueses que con el fin de matarlo, les exigieron por tiraje lo que solo le cuadra el nombre de robo.

Aunque tarden algo más de lo que se creyó en un principio, es seguro que conseguirán hacerse con la imprenta y, por consiguiente, que tendrémos *Corsario* para rato.

¡Que él vea caer á esta sociedad infame bajo el vivificador sol de La Anarquía!

***

El amigo Suñé de Gracia, ha publicado recientemente dos folletitos, el uno en diálogo original suyo, titulado: *El Terco y el Filósofo*, y el otro las *Declaraciones de Etievant*. No hay por hoy más que esto, respecto á los anarquistas, que merezca la atención.

Esto lo achacarán algunos á las últimas persecuciones y no hay tal, pues ni somo menos en número ni en decisión, y yo solo diré, que tras de la calma viene la tormenta.

¡Y que no deje ni recuerdo de esta sociedad!

***

La guerra de Cuba, ha puesto de manifiesto que nuestros ideales se han infiltrado en el corazón del obrero.

Con motivo de haber enviado últimamente 25 000 hombres de las reservas, se han producido motines en la mayoria de las zonas sobresaliendo los de Valencia, Haro, Tafalla, Gerona, Mataró y algunos otros.

De las provincias fronterizas, han emigrado la mayoría, pues en la zona de San Sebastián de más de 200 que daba, solo se han presentado 8 ó 10, y en todo Navarra 72.

Hay que tener en cuenta, que, los motines, han sido promovidos por los pocos presentados que no quieren ir á Cuba porque dicen que á ellos nada se les ha perdido allí y que perdiendo, ganan, puesto que sirviendo solo para que engorden cuatro granujas, no siendo de España, no tendrán que ir sus hijos á morir ó por lo menos á perder la salud como la pierden el 99 por 100.

El desgobierno, se vé apurado por los que se pasan á la insurrección y, porque no puede pedir más reservas, porque en este caso, la revolución se haría aquí.

***

A Propaganda, de Lisboa, fué suprimido por la autoridad por un extraordinario combatiendo la farsa religiosa.

También fueron presos 40 compañeros.

El pueblo probó su adhesión abriendo por todas parte suscripciones para socorrerlos.

A estas fechas, deben quedar pocos presos ó ninguno, pues hace próximamente un mes que solo quedaban una docena.

Los compañeros están dispuestos á volver á publicar *A Propaganda*, y como no lo pueden hacer en Lisboa, es probable que reaparezca en Porto.

***

En Berlín, fué disuelto por la policía un *meeting* de 500 anarquistas.

Tengo prisa y vuestro periódico no es muy crecido para extenderse demasiado.

Salud y Revolución Social.

PALMIRO.

España, Agosto de 1895.

El gobierno Revolucionario

(Continuación)

Comenzaremos por la primera de las dos formas de gobierno revolucionario, esto es, por el gobierno de elección popular.

Supongamos destruida la autoridad monárquica ó republicana, y vencido el ejército de los defensores del capital: la agitación se extiende por doquier y todo el mundo se ocupa de los negocios públicos, nadie quiere quedar rezagado: hay un vivo deseo por marchar adelante. Surgen nuevas ideas y se comprende la necesidad de operar cambios profundos, sérios, decisivos. Es preciso obrar, comenzar sin demora el trabajo de demolición á fin de dejar el camino expedito á la nueva vida. Pero ¿qué se trata de hacer? Convocar el pueblo á elecciones, elegir un gobierno inmediatamente después, y confiarle el trabajo que todos y cada uno de nosotros debiera realizar por su propia iniciativa.

Esto es lo que hizo París después del 18 de Marzo del 71. «Yo siempre recordaré, dice un amigo nuestro, aquellos instantes bellísimos de emancipación. Salí de mi casa para acudir á las reuniones al aire libre que ocupaban á París de uno al otro extremo. Cada uno discutía los negocios públicos, toda prevención personal había sido olvidada, nadie se ocupaba de comprar y vender, todos se hallaban dispuestos para marchar con cuerpo y alma hacia el porvenir. Algunos capitalistas, llevados del general entusiasmo, saludaron con placer el comienzo de una nueva existencia.» «Si tenemos que hacer la revolución social, decían, hagámosla cuanto antes; pongamos todo en común, nosotros estamos dispuestos.» Allí estaban los elementos de la revolución; todo lo que había que hacer surgió de la acción popular. Cuando á la noche volví á mi casa me dije: «¡Después de todo la humanidad es grande! ¡Nosotros no la comprendimos; ha sido siempre calumniada!» Entonces llegaron las elecciones, se nombraron los miembros de la Commune y el poder del entusiasmo, el celo por la acción se fueron extinguiendo poco á poco. Cada cual volvió á sus diarias faenas, diciendo: «Ahora ya tenemos un gobierno honrado; dejémosle obrar.» Ya sabemos lo que ocurrió después.

En lugar de obrar por sí, en vez de marchar siempre avante, en vez de entrar por completo en un nuevo orden de cosas, el pueblo, confiado en su gobierno, lo abandonó todo á su iniciativa. Esa fué la primera consecuencia, el resultado de las elecciones. ¿Qué haría un gobierno investido con la confianza de todos?

Jamás hubo elecciones más libres que las de Marzo de 1871. Los mismos adversarios de la Commune lo han reconocido. Jamás el cuerpo electoral se sintió más fuertemente impulsado por el deseo de colocar á los mejores hombres en el poder, á los hombres del porvenir, á los revolucionarios. Y esto fué lo que sucedió. Todos los revolucionarios de renombre fueron elegidos por formidable mayoría: jacobinos, blanquistas, internacionalistas, las tres fracciones revolucionarias estuvieron representadas en el Consejo comunal. Imposible que elección algna produzca un gobierno mejor.

Ya conocemos los resultados. Encerrados en el Hôtel de Ville con instrucciones para obrar de acuerdo con las formas establecidas por gobiernos anteriores, aquellos ardientes revolucionarios, aquellos reformadores, se hallaron imposibilitados de hacer algo bueno, algo de provecho.

Con toda su buena voluntad y todo su valor, ni aún supieron organizar la defensa de París.

Cierto que hoy se culpa á los hombres, á los individuos, pero no fueron estos la causa de aquella catástrofe, sinó el método aplicado.

En efecto; el sufragio universal cuando es libre, puede cuando más producir una asamblea que represente un promedio de las opiniones corrientes entre el pueblo en un momento determinado, y este promedio en los comienzos de una revolución es generalmente una vaga idea, pero muy vaga, de lo que hay que hacer, sin tener en cuenta el *cómo* hay que hacerlo ¡Ah, si la mayoría de la nación ó del municipio fuera capaz de comprender antes del movimiento lo que debiera hacer tan pronto como fuera derribado el gobierno! Si este sueño de los utopistas pudiera ser realizado, nunca se hubieran hecho revoluciones sangrientas; la voluntad de la mayoría de la nación, una vez manifestada, bastaría para que fuera acatada de buen grado. Pero no es así como las cosas suceden. Es posible que la revolución surja sin un conocimiento general previo, y los que tienen una idea clara de lo que tendrá que hacer al dia siguiente de la insurrección, componen hoy una pequeña minoría. La masa del pueblo solo tiene una idea general de lo que quisiera ver realizado, sin saber como ha de obrar para conseguir sus fines, sin tener conciencia exacta del camino que tiene que recorrer. La solución práctica solo se encuentra, solo llega á ser patente y clara cuando el cambio de cosas ha comenzado ya; será el producto de la revolución misma y de la acción popular ó no será nada. La inteligencia de unos cuantos es absolutamente incapaz de hallar aquellas soluciones que solamente pueden surgir de la vida general del pueblo.

Tal es la situación que se refleja en las corporaciones elegidas por sufragio, aún en aquellas que no tienen todos los vicios inherentes á los gobiernos representativos en general. El pequeño número de hombres que representan la idea revolucionaria de la época se ven cohibidos ó por los representantes de las escuelas revolucionarias del pasado ó por los del orden de cosas existente. Estos hombres, cuya presencia en medio del pueblo es tan necesaria precisamente en los días de revuelta, á fin de difundir sus ideas, poner en movimiento á las masas y demoler prontamente las instituciones caducas del pasado, se ven obligados á detenerse en un salón cualquiera á discutir, en una mayor extensión de la que se imaginan, para arrancar á los moderados algunas concesiones ó para convencer á los reacios, sin comprender que solo hay un medio de hacer aceptables las nuevas ideas, que es ponerlas inmediatamente en práctica. El gobierno se convierte así al parlametarismo con todos sus vicios, y lejos de ser un gobierno revolucionario se trueca en el mayor obstáculo de la revolución, por lo cual el pueblo se ve inmediatamente compelido á deponer á sus elegidos del día anterior. Para esto último ya no es tarea fácil. El nuevo gobierno se siente llamado á organizar por completo una nueva administración y á dictar reglas para hacerse obedecer y no puede en modo alguno mostrarse benévolo con los nuevos deseos del pueblo. Ansioso de mantenerse en el poder, se reviste de toda la fuerza de que es capaz una institución que no ha tenido tiempo de caer en senil descomposición. Se acuerda entonces oponer la fuerza á la fuerza y solo hay un medio de destituirlo: tomar las armas y hacer otra vez la revolución á fin de anular á aquellos mismos en quienes el pueblo cifraba todas sus esperanzas.

En este punto los elementos revolucionarios se dividen. Después de haber perdido un tiempo precioso en venir á un acuerdo con los adversarios, llega el momento en que se pierde la energía por disensiones internas entre os amigos del nuevo gobierno y los que sienten necesidad de eliminarlo para continuar la obra revolucionaria.

¡Y todo esto sin haber comprendido que una nueva vida requiere nuevos métodos, que no es pegándose á las antiguas fórmulas como se hace una revolución!

¡Todo por no comprender la incompatibilidad del gobierno con la revolución, pues en cualquier forma que se se presente el uno es siempre la negación terminante de la otra, y que fuera del principio anarquista no hay revolución posible!

Es precisamente lo mismo que ocurre con otra forma de gobierno revolucionario por la cual se declama mucho, la dictadura revolucionaria.

Los peligros á que una revolución está expuesta, si ha de ir seguida de la dirección de un gobierno de elección popular, son tan evidentes que una escuela entera de revoluciones ha renunciado á aquella idea. Entienden dichos revolucionarios, que es imposible que un pueblo insurreccionado se dé por medio del sufragio un gobierno que no represente el pasado y que no ate de piés y manos al pueblo precisamente en los momentos en que es más necesario llevar á cabo el inmenso trabajo de regeneración, económica, política y moral que nosotros designamos con el nombre de Revolución Social. Rechazan, pues, la idea de un gobierno *legal*, por lo ménos durante el tiempo que dure la lucha contra la legalidad é invocan la dictadura revolucionaria.

«El partido, dicen, que logra derribar un gobierno debe ocupar su puesto por la fuerza. Debe, por tanto, apoderarse del Estado y proceder revolucionariamente; tomar las medidas necesarias para asegurar el triunfo del levantamiento y demoler las antiguas instituciones á la par que organizar la defensa del país. Y para los que no reconozcan su poder, su autoridad, no debe haber más que la guillotina; para los que, capitalistas ó trabajadores, rehusen obedecer las órdenes que dicte, á fin de regular el prpgreso de la revolución, también la guillotina, y siempre la guillotina.»

Tal es la lógica de los Robespierres en embrión, de los que solo se acuerdan de las últimas escenas del gran drama del sigio pasado.

(Continuará.)

VARIAS

En el número 3 de *El Oprimido* leemos un párrafo que dice así:

«Por una carta que recibimos de un compañero de La Plata, sabemos que el periódico La Anarquia está actualmente en manos de compañeros muy conocidos por buenos y sinceros, y que jamás han tenido que ver con la policía.»

Ya estamos sin cuidado; para lo sucesivo no tenemos que temer que nadie nos tache de malos, puesto que todos ya saben somos buenos y sinceros. Hasta la fecha la mayoría lo ignoraba; y que digo ¿que estamos sin cuidado? no, que esperanza, nada de extraño tendría que mañana recibiera una carta diciéndole somos unos malos, pésimos, es decir todo lo contrario á ésta.

Nada, nada, nosotros no precisamos certificados de buena conducta de nadie, basta nuestra propaganda pura sin sofismas, para que desaparezcan todas las condiciones *sospechosas* é *inmorales* que cuatro individuos sospechosos mal enterados crearon.

—✠—

En la Magdalena, el domingo sigue la farra de los italianos, pero esta vez no son solo ellos sino que admiten á la fiesta á los que no lo son, y por consiguiente habrá banquetes y bailes á cinco pesos la entrada y luego... Viva Italiaaa (mientras haya quien pague cinco pesos) ¡Miserables! buscáis todos los medios para explotar.

—✠—

En el puerto de La Plata ha poco dieron una órden que nadie recogiera maiz ó trigo del que se esparcía por el suelo al cargar y descargar las bolsas, por supuesto esta orden se dió porque la mayoría de los peones recogían algo y lo llevaban á sus gallinas.

Hoy no sucede así; los mayorengos mandan á los peones á recoger el maiz y por los mismos peones se lo hacen llevar á su casa.

—✠—

Sabemos que un grupo de jóvenes de Buenos Aires, tratan de publicar un nuevo campeon comunista-anarquico, titulado *El Ravachol*.

Adelante con la idea compañeros y no desmayar, demostremos á la burguesía que la anarquía se propaga.

Suscrición á favor de "La Anarquía"

DEL NUMERO 10

Un padre que quiere educar bien á sus hijo 0.40, Un charrán 0.10, Sempre avanti 0.20, Uno de la Santa G. P. 0.50, Un terrible castigo 0.30, Un enemigo del XX de Setiembre 1.00, Caragini 0.90, Por ir á casa de Moris 0.50—Total 3.90.

Grupo «Juventud de propaganda canstante»—Cabet 0.50, Un entristecido 2.00, Un suizo 0.10, Un petizo 0.20, Uno que pone sobrenombres 0.50, Cabet 0.40, J. L. barba larga 0.40, Cualquier cosa 0.50, Cabet 0.20, Uno que ya dará nombre 1.00—Total 5.80.

De Buenos Aires—Deseo unos botines con cueros de los voluntarios á Cuba 0.50, Grupo jóvenes anarquistas antipropietarios 1.00, Paco 0.05, Producto de unas latas venta de tabaco 3.00—Total 4.55.

De Río 4º—Palazzo Grupo Anarquia 1.50.

Total recoletado........	15.75	
Sobrante del núm. 9....	26.59	42.34
Por 1.100 ejemplares.....	32.00	
Casilla de Correo........	6.00	
Franqueo...............	2.50	40.50
Sobrante.............	$	1.84

—✠—

Para un compañero preso—Un Charrán 0.50.

—✠—

En el número anterior hubo un error en vez de 28.59 son 26.59 de sobrante, la falta está en los gastos.

AVISO

A todos los que simpatizen con la idea anárquica y quieran estudiar la cuestión social, les advertimos que tenemos en la dirección del periódico los siguientes folletos:

«El Terco y el filósofo».
«El Proceso de un gran Crimen».
«A mi hermano el campesino».
«Como nos Diezman».
«La Conquista del Pan».
«Ravachol».

Próximamente saldrá la quinta edición de «Entre Campesinos», por el grupo Expropiación.

Los que quieran algunos de estos folletos pueden pedirlos a cualquier periódico anarquista en curso de publicación.

Precio, cada uno segun sus fuerzas.